

# *Atendiendo a nuestras familias*

NARRADORA: MARIANNE LARNED

OCUPARSE DE OTROS SIEMPRE HA SIDO UNA TRADICIÓN DE la familia Carey: los nuevos vecinos eran bienvenidos con bizcochitos de pacanas de la abuela Carey; las recién paridas se encontrarían la lasaña de tía Betty a su puerta; los amigos solitarios eran invitados a compartir la cena de Acción de Gracias; las familias afligidas recibían dulces, agasajos y cálidos abrazos.

De niños, con frecuencia protestábamos por la falta en artículos de nuestra cocina, como si nos estuvieran quitando algo. Éramos demasiado jóvenes para darnos cuenta de que estábamos aprendiendo una de las más importantes lecciones de la vida: el ocuparse de otros multiplica el amor como los panes y los peces.

Durante muchos años, nuestra extensa familia se reunía para bautizos, graduaciones, bodas y funerales. Puesto que los cuatro hermanos Carey tenían un total de veintiocho hijos, había montones de ocasiones especiales que celebrar. Estas reuniones familiares nos aglutinaban y nos mantenían unidos. Hacían más jubilosa la alegría y más tolerable el dolor. Reíamos y llorábamos, comíamos y bebíamos, cantábamos y bailábamos juntos.

Al igual que muchas familias que crecieron entre los años 50 y los 90, a menudo nos esforzábamos por encontrarle sentido a todos los cambios. A medida que cada uno buscaba su propia singularidad, nuestras diferencias entraban en conflicto. Con demasiada frecuencia terminábamos

en mutuas confrontaciones y separándonos con profundos resentimientos. Según fueron pasando los años, perdimos de vista lo que una vez habíamos compartido. En el proceso, perdimos nuestra conexión, olvidándonos cuánto necesitábamos los unos de los otros. En alguna parte del camino, la tradición de solidaridad de nuestra familia parecía haberse desvanecido.

El ocuparse de otros es algo tan sencillo y, sin embargo, algo que con harta frecuencia se descuida. En nuestro mundo vertiginoso, todos tenemos muchas cosas que hacer, muchos lugares donde ir y mucha gente a la cual conocer. Nos olvidamos dedicarnos tiempo los unos a los otros y a nuestras familias. Pero, como un amigo sabio me dijo una vez, si queremos cambiar el mundo, podemos comenzar en casa. Allí está el mejor campo de entrenamiento para aprender las lecciones de la vida. Es también un estupendo lugar para comenzar a aprender a ocuparnos de nuestras comunidades. Yo no estaba tan segura cómo empezar con mi propia familia, pero sabía que tenía que intentarlo.

Un día mi madre, tía Betty y yo nos confiamos nuestra preocupación y nuestro sentido de pérdida. Teníamos sobradas desilusiones. Nuestros seres queridos, padres e hijos, se habían ido, tristemente, demasiado pronto, algunos antes de que pudiéramos despedirnos. No podíamos tolerar perder a nadie más y no podíamos esperar más tiempo, a la espera de que la recuperación se produjera por sí sola.

Decidimos que era hora de tener una reunión familiar. Para empezar, enviamos una carta invitando a los veintiocho primos y a sus treinta y cinco hijos. Iba a ser una celebración del Cuatro de Julio en el campamento de tía Betty y tía Connie junto al lago Champlain en Vermont. Estábamos ansiosas de ver cómo respondería nuestra familia.

Para nuestra mayor satisfacción, ¡todos vinieron! De California, Florida y de todas partes de Nueva Inglaterra, vinieron a ver si la magia de los Carey aún existía. Algunos no se habían visto en años. Muchos nunca habían conocido a los nuevos cónyuges de sus primos o a sus hijos. Personas que no habían hablado en años, soltaban el pasado y renovaban viejas amistades. El cariño y la solicitud eran universales, y así nació una tradición anual.

El campamento no tardó en quedarse pequeño. Ahora, cada año, buscamos el sitio perfecto en alguna parte de Nueva Inglaterra: un terreno retirado para acampar con un hogar grande, mesas de picnic y una pileta para los niños. Ningún centro comercial en treinta millas a la redonda y sin televisión ni teléfonos. En lugar de eso, y durante unos días, cortamos leña, acarreamos agua, cocinamos a la brasa, levantamos tiendas y dormimos sobre el duro suelo. Cada familia trae su comida, y las hortalizas de su propio huerto. De un cesto sale un mantel, algunas velas y un buen vino. ¡*Voilà!* ¡Todo un festín con la contribución de todos! Viviendo sencillamente, recordamos la importancia para cada uno de contribuir vigorosamente a mejorar la vida de todos los demás.

Después de cenar, cantamos canciones y hacemos *s'mores*<sup>1</sup> en torno a la fogata. Todo el mundo escucha según recontamos los relatos de la infancia: tío Francis construyendo de adolescente, en los años 30, estos terrenos de campismo como parte de los Cuerpos de Conservación de Franklin D. Roosevelt; yo creciendo en los idealistas años

<sup>1</sup> Bocadillos hechos de galletitas dulces de trigo integral con pastillas de alteas ahumadas y chocolate, típicos de las meriendas campestres en algunas regiones de Estados Unidos. (N. de. T.)

sesenta; y Nancy, que se hizo mujer en la era del sexo, las drogas y el rock'n'roll de la década del 70. Benn, que es un adolescente ahora, ayuda a prepararnos para el futuro. Según compartimos nuestros relatos, renovamos nuestros valores comunes y nos prometemos criar a nuestros hijos con ellos.

Nuestros corazones se sienten conmovidos al ver los ojos de una abuela o la sonrisa de un tío pasar de una generación a la siguiente. Los recién nacidos también son bienvenidos al clan. Una madre le ofrece a otra un descanso: sin decir una palabra, se lleva al niño majadero a dar un paseo o a nadar en el lago. Los bebés del año pasado están ahora corriendo con los «muchachos grandes». Florecen nuevas amistadas. Los fotógrafos se apresuran a captar los momentos mágicos, como cuando dos primos de cinco años se conocen y se hacen amigos.

«Mami, ese niño me anda siguiendo», dice Simón, un poquito confundido. Su madre le explica pacientemente: «Ese es tu primo, Taylor, y quiere jugar contigo». Una vez que Simón entiende que tiene un nuevo compañero de juego, se hacen inseparables. Exploran el bosque, juegan al monstruo en el agua, y se entierran en la arena. Se ríen, se provocan y se atormentan mutuamente. Son adorables. Su amistad contagiosa hace sonreír a los tíos y a las tías, recordando lo mucho que ellos se divertían con sus primos. El espíritu de nuestra familia se reconecta y se reaviva. Hay abrazos —montones de ellos—; tenemos reserva para meses.

Cuando llega el momento de irse, todo el mundo está demasiado ocupado para notar que Simón y Taylor no andan por todo eso. De repente la vigilante madre de Simón da la voz de alarma. Toda la familia se une en una

búsqueda frenética de los niños. La tensión desaparece cuando la envoltura de una barra de chocolate Hershey conduce al escondite de las dos caras sonrientes, empujadas de chocolate. Los niños se sorprenden por toda la agitación. Ellos están terminando la octava barra de dulce que sobrara de los *s'mores* de la noche anterior.

Y luego es hora de decir adiós, pero los niños no quieren irse. Mientras Taylor se va andando y llora quedamente para sí, Simon se siente confundido una vez más. No sabiendo otra cosa qué hacer, se sienta junto a su primo y le pasa su manita por encima del hombro. Nunca supimos qué palabras intercambiaron, si es que hubo alguna. Él tan sólo estaba allí con él, queriéndolo. Después de todo, eso es lo que hacen los primos.

¿CUÁNTOS AÑOS HAN PASADO DESDE QUE TODA SU FAMILIA se reunió por última vez? Tómese el tiempo de organizar una reunión familiar e intente convertirla en un acontecimiento regular. Se sentirá feliz de hacerlo.